





www.loqueleo.com/uy

© 2023, Helen Velando

© De esta edición:

2023, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200.

Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-480-2

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: julio de 2023

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior: Augusto Goicoechea

Fuentes consultadas:

¡Esta sopa está poseída!

(26 de marzo de 2022) *¿Quién inventó la sopa de letras comida?* Clubcocina.es

<https://clubcocina.es/sopas-y-cremas/quien-invento-la-sopa-de-letras-comida/>

Arroz con leche... te voy a contar

Pérez de Arlucea, Ana Vega (7 de abril de 2019). *Esta es la historia del arroz con leche.*

Elcomercio.es

<https://www.elcomercio.es/gastronomia/noticias/historia-arroz-leche-receta-asturias-postre-20190407223550-nt.html>

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

INTRIGA
en la **COCINA**
...y otros cuentos
sazonados

HELEN VELANDO
Ilustraciones de
Augusto Goicoechea

loqueleg

*A Laura, Nancy y Lourdes,
amigas del alma.
Y a Sonia, su querida madre.*

INTRIGA en la COCINA



El señor Omar tenía por costumbre y tradición cocinar puchero todos los lunes. Era su día libre y le encantaba recibir a su familia con aquella deliciosa comida. Su esposa estaba en el trabajo y los hijos en la escuela, entonces Omar tenía toda la mañana para preparar uno de sus platos favoritos de la niñez. El puchero le hacía recordar a su abuela y a su padre; los dos habían sido expertos en prepararlo.

11

Aquel lunes luego de que todos se fueran se dirigió a la cocina dispuesto a comenzar su magia culinaria. Notó que la olla en donde siempre preparaba el puchero, por ser la más grande y por estar muy tiznada por los años, ya que era la que usaba su abuela y que a su vez usó luego su padre y él había recibido como herencia, no estaba. Era algo extraño, porque solo la utilizaba



él y la guardaba en el estante inferior de la cocina, bajo la mesada.

12 Al no hallarla, descubrió una olla grande y reluciente que nunca había visto y decidió que podría servirle, aunque era un poco más pequeña; no habría problemas. Tomó la tabla, un cuchillo, y empezó a pelar y cortar las verduras. Fue hasta la heladera, trajo carne y un par de embutidos. Cuando tuvo todo listo comenzó a colocar las carnes y las verduras, luego le agregó sal más un toque de pimentón, como hacían su abuela y su papá. Aquella especia le agregaba un sabor ahumado y le daba un color rojizo al caldo que luego hacía más deliciosa la sopa. Llenó de agua la olla y encendió el fuego bajo; el brebaje debía cocinarse a fuego lento. La cocina estaba un escalón más alto que el comedor y se accedía a ella por una arcada de ladrillos; la casa de Omar era una de las más antiguas de los alrededores y conservaba un estilo único de casa de campo. Porque la casa de Omar estaba en el campo, no muy lejos de la ciudad, pero sí lo suficiente para que tuviese la oportunidad de cosechar sus

propias hortalizas en un enorme huerto, por eso aquel puchero tenía un sabor único.

El señor Omar se fue hasta el living comedor y encendió la estufa a leña, hacía bastante frío todavía y estaba deseando sentarse a leer un libro de misterio, acomodado en su sofá. Los primeros minutos no notó nada extraño. El fuego crepitaba y Omar se ensimismó leyendo la novela. Pero de pronto le pareció oír algo fuera de lo común. Un sonido como un murmullo que provenía de la cocina. Era algo raro, no había encendido la radio y no había vecinos cerca de la casa. Aguzó el oído, pero no volvió a escucharlo. Con seguridad, se dijo, habría sido el rumor del viento moviendo los árboles cercanos. Al cabo de unos minutos el sonido volvió; esta vez era como un cuchicheo. Omar colocó un marcador en la página y se levantó. No había dudas, el cuchicheo provenía de la cocina. Caminó directo hasta la arcada y al asomarse, el sonido cesó. La olla despedía un poco de vapor y el aroma de las verduras comenzaba a expandirse. Omar observó que la ventana que daba al campo estaba entreabierta y la cerró. Descubrió a lo lejos unas

ovejas pastando y dedujo que de allí debía de haber venido el sonido.

Volvió a sumergirse en la novela y al cabo de una media hora, oyó clarito una voz que decía:

–¡Callate vos, zapallo!

–¿Y vos quién te creés que sos, nabo?!

14 Omar se sobresaltó. Pensó que las novelas de misterio a lo mejor lo estaban poniendo nervioso y por eso le parecía escuchar voces. Se aproximó a la arcada de la cocina y allí reinaba el silencio; solo se percibía el leve burbujeo del caldo. Se acercó a la olla y levantó la tapa; el caldo había comenzado a tomar temperatura y el vapor que emanaba le empañó los lentes. Probó la sazón con una cuchara y decidió agregarle un poco más de sal. Bajó un poco más el fuego de la hornalla y volvió al sofá.

–No pasa nada, Omar –se dijo en voz alta como para ahuyentar el susto.

Claro que lo que sucedió después lo sorprendió. Esta vez las voces sonaban cada vez más acaloradas.

–¡A mí no me empujes, zanahoria!

–Calma, no se pongan así.

-¡Callate, que vos solo estás para dar sabor, perejil!

-¿¡Y vos quién sos para hablarle así, choclo insensible y lleno de granos!?

-¡Haya paz!

-¡Callate, laurel, que no es contigo!

-Yo soy un puerro educado y no voy a permitir que esa papa desabrida me insulte ni me haga callar.

15

-Terminen de acomodarse, yo estoy muy incómoda y no soy carne de parrilla, soy de cocción lenta.

-Mirame a mí, que estoy sudando porque como chorizo de rueda necesito más espacio.

-Bajen el volumen, soy muy sensible.

-¡Bajá vos el volumen, boniato!

Omar se estremeció, ¿la discusión provenía de la olla del puchero? Esta vez se fue en puntitas de pie y trató de no hacer ruido. La discusión se iba volviendo cada vez más acalorada; las verduras y las carnes, al igual que el puchero entero, habían empezado a hervir y el vapor que salía por un costado de la tapa inundaba la cocina. Con



mucho cuidado el brazo de Omar se estiró y tomó un cucharón que colgaba de la repisa. El griterío no cesaba y él no sabía muy bien si llamar a los bomberos, a su mujer o salir corriendo por el campo y treparse a un eucalipto.

–¡Esta olla me queda incómoda! No aguanto más estar así de apretada, soy una papa y necesito mi espacio.

16

Súbitamente Omar comprendió todo, el puchero se sentía incómodo porque la olla nueva era más pequeña que la que usaba siempre. Pensó en qué podía hacer y entonces oyó la voz de su esposa que llegaba con los niños de la escuela. Alzó la tapa como un escudo y levantó el cucharón amenazante: el silencio en el puchero fue instantáneo.

La esposa y los niños entraron, se asomaron a la cocina y vieron a un hombre con los ojos exorbitados, una tapa y un cucharón en la mano.

–Mi amor, ¿te pasa algo? –preguntó la esposa.

–¿Papá, estás bien? –quiso saber el hijo.

–Tenés los pelos parados –señaló la hija chica.

–No papa... papasa... no pasa... nada –tardamente Omar-. Estoy leyendo un libro de

suspenseo y creo que me puse nervioso. Me pareció oír un ruido.

La esposa alabó el aroma a puchero que se olía desde la tranquera de la casa.

–¡Ah, usaste la olla que me regaló la tía Clotilde! La iba a estrenar para un estofado. Qué raro que la hayas usado... ¿No es un poco chica para el puchero?

–Es que no encontré la de hierro.

–La cambié de lugar –abrió otra puerta del armario y se la mostró.

–Vayan a lavarse las manos y a poner la mesa –les pidió Omar bajando el cucharón y dejando la tapa en la mesada.

Ni bien se fueron los tres, Omar se apresuró a hacer el cambio. Tomó la olla de hierro y sacó con una espumadera las verduras y la carne de la olla de la tía Clotilde. Luego vertió el caldo y la puso a dar un último hervor. La paz volvió a la cocina y ya no hubo más discusiones.

Cuando estaban sentados a la mesa degustando la sopa del puchero, la hija preguntó:

–Papi, ¿ese libro que estás leyendo cómo se llama?

Omar miró la sopa, luego las verduras y las carnes humeantes en la fuente, y sin pensarlo contestó:

–Se llama... *Intriga en la cocina*.



ESPAGUETI,
un carboidrato
MOLESTO

–¡*Non é la veritá!* –gritó ofuscado el espagueti recostado en el plato.

–Tranquilícese y cuénteme qué es lo que *no es la verdad*. ¿Por qué está tan enojado y alterado?

–Estoy muy molesto y parece que nadie me escuchara...

La cuchara asintió, estaba acostumbrada a tratar este tipo de problemas, por eso le aclaró acomodándose al otro lado del plato:

–Pero yo sí lo escucho, por algo soy cuchara.

–Disculpe, *signorina*, es que esta situación me tiene muy cansado, por eso he venido a su consulta. Me siento un carbohidrato discriminado.

La cuchara lo alentó a que le contara cómo había sido su niñez.

–De niño siempre fui un espagueti feliz, jugaba con mis primos los tallarines, a veces íbamos

B
P
S

a visitar a la nona, la abuela, que era una pasta rellena, nos divertíamos mucho. Salvo un primo mío que se enojaba porque le hacíamos siempre el mismo chiste: Hola, ¿fábrica de pastas? Sí. ¿Está Llarín? –y se distendió con una risa propia de un espagueti contento.

22 –Entonces... ¿Cuándo fue que comenzaron los ataques de ira? –preguntó la cuchara reluciente.

–Comenzó hace unos años. Mire, *signorina, io sono* un espagueti de una respetable familia italiana, nuestros ancestros vinieron de la China, no sé si sabe, los trajo un viajero llamado Marco Polo y desde entonces nos hemos transformado en una comida conocida en todo el mundo. Yo provengo de una familia muy importante, tengo unos parientes en el norte que son ravioles, un tío ñoqui, e innumerables primos chicos que son fideítos de sopa, usted sabe, caracolitos, semillitas, dedalitos... Pero últimamente he sentido la discriminación de ser un carbohidrato.

–Usted se refiere concretamente... –deslizó la cuchara.

–¡Me refiero a que dicen que engordo! –estalló el espagueti.

-¿Y eso no es así?

-No, eso *non é veritá*, no es cierto. Yo estoy hecho con sémola de trigo o con harina de trigo duro, agua, aceite y un poco de sal. Lo que engorda no soy yo, son las salsas y todos los demás carbohidratos que la gente come, pero siempre nos echan la culpa.

-Bueno, no se culpabilice usted también, los carbohidratos son muy necesarios para obtener energía rápidamente; la gente que hace deporte, por ejemplo, come un plato de pasta porque le da la energía para desarrollar su actividad física.

-¡Exacto! Otra cosa es comerse tres platos de espaguetis con salsa cuatro quesos y sentarse a mirar televisión -se sintió comprendido el espagueti.

-Claro, lo entiendo perfectamente. Siga, lo escucho.

-Bueno, tuve un ataque de ira la semana pasada en la mesa de la cocina. Me ofusqué porque estaba descansando bajo un repasador antes de zambullirme en el agua salada, y escucho: ¡No comas espaguetis que engordan una barbaridad! Y entonces salí de abajo del repasador y me alteré,



empecé a los gritos: ¡lo que te engorda es la salsa *bolognesa* y toda la crema que le ponés! ¡Coman la pasta con unos tomates, hojas de albahaca y aceite de oliva o con unos hongos o con ensalada de rúcula! Larguen la salsa cuatro quesos y dejen de decir que engordo.

24 La cuchara le pidió que respirara profundamente, y cuando notó que el espagueti estaba más calmado se fijó en el reloj de la cocina y le anunció:

–Nos vemos la semana próxima, señor Espagueti.

–*Grazie*, me siento más sereno.

–Me alegro. Y la semana que viene quiero que tratemos ese problemita que tiene con el queso parmesano rallado.